

### III.

Hacía un momento que se había levantado el telón para empezar el primér acto, cuando Desobry y el conde de Orchamps entraron en el teatro. No podían colocarse en sus butacas de orquesta sin molestar á algunas personas; pero no se detuvieron ante esta consideración, que solo tiene valor para los espíritus delicados y tímidos. Separaron dos ó tres banquetas, oprimieron varias rodillas, dieron la mano al pasar á algunos conocidos, aplastaron sin escrúpulo un sombrero que se oponía á su paso, dijeron una ó dos veces, «Perdonad, caballero», «Buenas noches», «¿Cómo estáis?», y de esta suerte ocuparon sus asientos. Solamente el dueño del sombrero y el autor, enemigo de todo ruido que distrae al público, encontraron intempestiva la llegada de

aquellos señores; pero á ellos, importándoles muy poco su opinión, se sentaron lo más cómodamente posible, y después de haber lanzado una mirada á la actriz que estaba en escena, dirigieron sus gemelos hacia los palcos. La obra no llamaba su atención, y apenas la escuchaban; de seguro que se hubieran encontrado perplejos para contar el primer acto cuando la caída del telón indicó que se había terminado. Iban á abandonar sus asientos para dar una vuelta por los pasillos, cuando una platea de proscenio, desocupada hasta entonces, se abrió para dar paso á una mujer, que, después de haber recorrido la sala con una rápida mirada, y haber cambiado una sonrisa con dos ó tres espectadores, arregló los pliegues de su vestido y se sentó, sin parecer ocuparse del público, sobre el cual, sin embargo, su entrada había hecho una gran impresión.

Enaquel momento Orchamps dijo á Desobry:

—¿No vais á saludar á vuestra bella amiga Leona? Ocupa una platea de la izquierda.

—Sí (respondió Desobry, levantándose); ¿no venís conmigo?

—No; tengo que hacer otra visita.

—Como gustéis; si no vuelvo, nos encontraremos á la salida del teatro.

En cuanto se marchó Desobry, el Conde dirigió atentamente sus gemelos hacia Leona. Era

ésta una hermosísima criatura; tenía anchos y desarrollados pechos, de adorables curvaturas; un talle de niña, de una flexibilidad extremada; sus abundantes cabellos, que, sueltos, la hubieran arrastrado, eran tan negros, que despedían reflejos azulados; sus magníficos ojos, de un azul obscuro, lanzaban á intervalos apasionadas miradas; después bajaba modestamente la vista y parecían los de una tímida y pudorosa virgen; un ligero bozo sobre unos labios sensuales é incitantes; una nariz recta de ventanas dilatadas; unos dientes admirablemente colocados, pequeños y de un tinte mate, y una piel de un moreno pálido, constituían los encantos de esta admirable mujer.

Cuando Desobry, después de haber llamado discretamente á la puerta que daba acceso á la platea de Leona, entró, hablaba ésta con un hermoso joven, sentado cerca de ella, mientras que con suprema indiferencia llevaba á su boca una almendra garapiñada de las contenidas en un saquito, que tendió cariñosamente al que acababa de llegar, como para darle la bienvenida; pero cuando éste la alargó la mano, Leona retiró precipitadamente el saquito, y con una sonrisa:

—No (le dijo): no merecéis que os obsequie hoy.

—¿Qué crimen he cometido?—preguntó Desobry.

—¡Haceos el inocente! Hace tres días que no os he visto.

Y sin hacer caso de las excusas que iba á darla :

—¿Qué habéis hecho durante todo ese tiempo? (replicó.) ¿Os habéis divertido?

—No.

—¡Pero qué tonta soy en preguntaros esto! Me olvidaba que sois de la escuela de los que se aburren siempre, porque, á su vez, son también de los que aburren.

—Entonces, me voy.

—¿Por qué?

—Para ser enojoso en otra parte.

—En este caso, permaneced aquí: no soy egoísta.

Y poniéndose grave repentinamente, Leona continuó, dirigiéndose al joven que estaba en el palco :

—Tengo el gusto de presentaros al señor Desobry. Con sus patillas á la inglesa y su aspecto venerable, no vayáis á tomarle por.... *mi protector*. Lo es, en efecto, ó cosa parecida al menos, para sus.... *amigas*; pero, con relación á mí, no es más que un amigo verdadero.... Desobry, no os incomodéis : saludad.... Bueno; os he perdonado, y os autorizo ya á que toméis una almendra de mi saquito.... Ahora me toca presentaros al señor de Nanteuil, que es un joven del

que podríais ser padre.... No os pongáis colorado; no lo digo para haceros más viejo.... Se ha enamorado repentinamente de vuestra amiga y servidora; pero, sin saber por qué, á mí no me agrada gran cosa.... Á propósito : ¿os tratáis con ese señor rubio, á cuyo lado estabais sentado cerca de la orquesta?

—¿El conde de Orchamps? Sí, sí; le trato.

—Pues no os felicito por esa amistad.

—¿Y por qué?

—Sé particularidades de su vida que acusan que no tiene corazón.... Entre otras cosas, hizo tan desgraciada á una de sus queridas que le amaba locamente, que la pobre murió.... ¡Oh! Sí, una muerte que no ha causado ruido, y ese Orchamps dejó llevar su cadáver en un carruaje de pobres, sin dar para que la hiciesen un entierro decente una parte, aunque hubiera sido pequeña, del dinero que perdió aquella misma tarde al *baccarat*.... Era la pobre una mujer desconocida en su esfera.... También á mí me ha hecho el amor, y le he rechazado, porque le odio.... Le encuentro á menudo, muy á menudo, y su proximidad me da frío. Yo no querría que jamás se mezclase en mi existencia; y, sin embargo, un presentimiento me dice que algún día ha de influir poderosamente en ella.

—¿Por qué le tenéis miedo? (dijo Desobry.)

¿Tenéis algún secreto que pueda descubrirnos?

—Tal vez....—murmuró la joven.

Y siguiendo uno de los caprichos de su impresionable naturaleza, se entristeció repentinamente, y sumergiéndose en profundas reflexiones, no se ocupó más de sus dos visitantes. En cuanto á éstos, respetando su capricho, se contentaron con mirar lo que pasaba en la escena, ocupación que hasta entonces habían despreciado por completo. Más tarde, cuando se terminó la función y los espectadores desocuparon sus asientos, Desobry estrechó la mano de Leona, dejándola con el joven, que parecía dispuesto á acompañarla. Desobry encontró, al llegar al vestíbulo del teatro, al conde de Orchamps, descendiendo juntos las escaleras que conducen al boulevard. Cuando llegaron á él, vieron á Leona que subía á un coche. La joven, al subir, se volvió repentinamente, y al ver á Orchamps, que la miraba con fijeza, trató de evitar su mirada, sentándose con rapidez; pero ya sea que la agitara un movimiento nervioso, ó ya que quisiera desechar, por medio de una risa fingida, sus preocupaciones abrumadoras, se echó á reír estrepitosamente, y mirando á su compañero:

—¡Vamos! (le dijo): reíos un poco también; ¡esto es muy bueno, y la vida tan chusca!.... Mirad esa mujer gruesa que pasa por allí abajo dando el brazo á su casto esposo: ¡qué talante tan chocarrero! ¡Cómo se levanta las

puntas de sus enaguas!.... ¡Eh, querido mío, desenojaos; estáis aquí para divertirme!

—No puedo reír siempre que quiero.

—¡Qué lástima! ¿Estaréis verdaderamente enamorado?

—¿Y sois vos la que me lo preguntáis?

—¿De mí tal vez?

—Sí, de vos.

—Pues habéis hecho mal en enamoraros de mí.

—¿Por qué?

—Porque no puedo amaros.

—Yo no os preguntaba si podéis amarme. Por otra parte, podríais habérmelo dicho menos brutalmente.

—¿Para qué andar con contemplaciones? ¿Es que una mujer cómo yo debe tenerlas? ¿Es esa una falta digna de tomarse en serio? Ved, pues, en mí lo que realmente soy: una mujer muy hermosa, según dicen, pero que no puede amar.

—¿Es que no tenéis corazón?

—Sí; pero está muy ocupado en otra parte, para que yo le entregue á locos de vuestra especie.

—¿No habéis amado nunca?

—¡Oh, sí! ¡Con toda mi alma!

—¡Es muy agradable para mí todo lo que me decís!

—¡Oh! No nos comprendemos.... No tenéis

29755

UNIVERSIDAD DE NUEVO  
BIBLIOTECA UNIV. DE NUEVO  
"ALFONSO REYES"  
1925 MONTREY, MEXICO

de qué estar celoso.... Hablemos de otra cosa, si os place. ¿Qué pensáis hacer esta noche?

—¿No me habéis prometido que podría pasar á vuestro lado lo que resta de ella?

—¿Os he prometido eso? No lo recuerdo; pero, de todas maneras, he cambiado de modo de pensar: tengo necesidad de estar sola.

—¡Oh, Leona! (dijo el joven con las lágrimas en los ojos.) ¡No sabéis cuánto sufro! ¿No sabéis que os amo con toda mi alma?

—No, no lo creo.

—Sois muy cruel, en verdad, y tal vez, efectivamente, no tengáis corazón.

—Vamos, continuad; estoy acostumbrada á estos cumplidos: siempre que se acerca á mí un hombre que desea ser amado y no lo consigue, me dice que no tengo corazón. Los hombres han inventado esta frase para salvar su amor propio; pero ya hemos llegado: bajad, os lo ruego, y haced el favor de llamar para que me abran.

El joven obedeció, y al ver abrirse la puerta, Leona saltó del coche y pasó delante de él, gritando: «¡Hasta la vista!»

El desdeñado amante subió al carruaje, y dando unas señas al cochero, encendió un cigarrillo, que es el consuelo supremo de los afligidos.

## IV.

Al día siguiente, á las diez de la mañana, Leona dormía todavía, cuando un rayo de sol, deslizándose á través de los visillos, vino á despertarla. «¡Qué lástima! (dijo la joven estirándose.) ¡Este sueño me hacía tan feliz! La veía allí, delante de mí, grande, animada, bella y noble. Estaba vestida de blanco, con flores de azahar en la cintura y en la cabeza. Se encontraba en una iglesia resplandeciente de luz. Su marido, arrodillado á su lado, la oprimía la mano, y ella respondía dulcemente á aquella presión; pero era á mí á quien miraba, y sus ojos parecían decirme: ¡oh, te amo, madre mía! ¡te amo!» Leona reunía de este modo los recuerdos que aquel sueño había dejado en su espíritu, y durante este trabajo de su inteligencia, su rostro, ilumi-

nado por el rayo del sol que la había despertado, estaba hermosísimo y radiante de felicidad. Después, cogiendo de una mesa próxima un medallón que contenía un retrato, le miró con ternura, y dijo dirigiéndose á él en voz baja: «Sí, tú serás dichosa, dichosa como en mi sueño... Si es preciso, aun á costa de mi vida.» Un momento después, añadió: «¡Hermosa vida, en verdad, que no puede ni aun sacrificarse por la felicidad de los hijos!» Y como si este pensamiento evocase en Leona un mundo de recuerdos, se recostó sobre el lecho, y ante sus ojos medio cerrados, pasó en algunos instantes toda su existencia.

La joven recordó entonces, pero confusa é indistintamente, los primeros años de su juventud, que había pasado viviendo en una animada calle de una ciudad del Mediodía, en compañía de una mujer á quien llamaba madre. Su habitación era miserable, su jergón duro, su pan negro; pero la joven no se fijaba en nada, inconsciente como son los niños, é ignorante de que la vida pudiera pasarse mejor.

Un día un hombre, que la joven no había visto nunca, entró en su casa, y se encerró con la mujer á quien llamaba madre: después de una larga visita, en que debieron tratarse asuntos de dinero, puesto que Leona oyó ruido de monedas de oro, su madre se acercó á ella y la abrazó, diciéndola:

—Es preciso separarnos; no puedo mantenerte, y tú eres ya bastante grande para trabajar. Vas, pues, á partir con este caballero, que consiente en favorecerte y enseñarte un oficio para que puedas vivir.

Y como la joven llorase, el hombre la tomó por la mano y la arrastró consigo.

Más tarde, y no entonces, la joven comprendió que había sido vendida por aquella á quien llamaba madre.

Leona no recordaba de una manera precisa las escenas que siguieron á ésta.

Su nuevo compañero era el director de un circo ambulante, y el oficio que debía enseñarla era el de bailadora, recordando que algunos años más tarde, siendo ya grandecita, excitante, tentadora, cubierta con un pañuelo y una basquiña española, llamaba la atención tocando la guitarra y bailando en las plazas públicas.

Desde entonces sus recuerdos eran menos confusos. Tenía quince años, y llevaba una vida más pacífica. Había sido contratada para un teatro de provincias, para bailar allí sus airoas danzas y exhibir sus bellos trajes, ó, mejor dicho, sus hermosos ojos, de los que sabía servirse ya, para que la valiesen los aplausos de la juventud rica del país.

Uno de sus más fervientes admiradores, des-

pués de haberla dirigido un sinnúmero de cartas, que no abría por no saber leer, se acerca á ella y la habla largamente, mezclando sus palabras con suspiros. Una sola cosa la conmueve, y es que el joven la propone conducirla á París, grande y magnífica villa, en la cual no bailarían para divertirla; en donde la joven podría dormir cuanto gustase, y no tendría nunca nada que hacer.

Lo que la proponían era, en verdad, tentador; y como la sociedad en que ella había vivido no la había dado una idea exacta de su deber, dejó sin remordimiento á la cuadrilla que explotaba sus talentos coreográficos, y se fué á París con el joven de las seductoras promesas.

Su seductor era un joven inteligente, lleno de egoismo y experiencia, que, habiéndose enamorado seriamente de sus encantos, tenía la pretensión de guardarla para él solo; y con este objeto imaginó no sacarla á paseo más que alguna rara vez, y esto por sitios casi desiertos, y encerrarla cuando él salía. Estas costumbres orientales no podían convenir largo tiempo á Leoná, que, acostumbrada á una vida nómada, tenía otra idea de la independencia. Amaba el aire libre, y deseaba ardientemente tomar parte en las fiestas parisienses, cuyos mil ruidos llegaban hasta ella. Así es que su carcelero, al entrar una

tarde en la habitación que la servía de prisión, se apercibió de que el pájaro había volado, escapándose por una puerta oculta de que se había olvidado echar la llave. La buscó, y la encontró al fin, dos días después, en un baile público, del brazo de un hermoso joven de elevada estatura, al cual no juzgó prudente disputársela.

La joven arroja entonces los últimos restos de vergüenza y de pudor, y llegando á ser la querida de cualquiera, se lanza con todo el ardor de su naturaleza meridional en el torbellino de las fiestas parisienses. Las noches las pasa en los bailes públicos ó privados, donde su gracia al bailar, la vale mil triunfos; después, en las comidas que preside investida con los poderes de una reina, obliga á beber, fumar, reír, cantar, sin que haya resistencia posible, pues sus encantos atraen y sus bellezas embriagan. Cuando las bujías palidecen ante el día que nace; cuando ya las mujeres, agotadas sus fuerzas, duermen tendidas aquí y allá sobre divanes, y los hombres, locos de amor y de vino, piden nuevas caricias, la joven busca el que le ofrece más placeres, y generosa como un capitán de ladrones, le coge del brazo, y entre besos y caricias le conduce á su casa. Esta vida bohemia, embriagadora, desordenada, llena de esplendores y miserias, completamente del presente, sin antes ni después, donde se come al almorzar patatas

crudas, y se masca desdeñosamente por la noche la deliciosa piña de América; que empieza al despertar por una sorpresa, y termina por la noche en una orgía; con esa vida, repetimos, llena de contrastes, que es la que hacen una multitud de mujeres en París, vivió Leona durante tres años.

Después, más tarde, uno de sus amantes, habiéndose ocupado de su cuerpo, se sorprendió al estudiar su alma. Descubrió sin duda algo noble bajo aquella naturaleza inculta, algo delicado bajo aquellas formas groseras, y no habiendo hecho de Leona hasta entonces más que un pasatiempo, se interesó por ella vivamente, pensando no abandonarla ya. Era este amante un hombre como de treinta años próximamente, sin familia, noble y rico, y estando sentenciado á morir de un mal de pecho incurable, quería gastar lo que le quedaba de vida y juventud en satisfacer sus más extravagantes caprichos: bien pronto se dejó seducir por la idea bienhechora de enseñar la vida á esta mujer, que sólo la conocía bajo su aspecto más miserable; de sacarla de entre el lodo en que estaba sumergida, y de enseñarla, no á que llegara á ser honesta..., ¡hubiera sido imposible!...; pero sí á dorar sus vicios, revistiéndolos de un sello de elegancia y delicadeza. Á los caprichos de semejantes señores deben algunas mujeres su renombre: sus amantes, no queriendo descender hasta ellas,

tratan de elevarlas á su altura... Es esto una ruda tarea, en la cual muchos sucumben, y que solamente pueden emprender hombres en muy buenas condiciones por su nombre y su fortuna. Leona se rebeló al principio contra esta nueva existencia, pareciéndola que se ahogaba por falta de aire, de libertad y movimiento. Echaba de menos sus libres bailes de otro tiempo, los aplausos de la multitud, y su cuartito lleno siempre de visitantes, y en donde los amantes se sucedían con vertiginosa rapidez. El lujo de que estaba rodeada la hastiaba: Mil veces estuvo á punto de abandonar sus alhajas, su lujosa habitación y sus elegantes trajes, para correr á sus antiguos placeres; pero vivía con un hombre inteligente y de tacto, que sabía retenerla con su conversación, que la admiraba, y la atraía con sus elegantes maneras y lenguaje, y que con sus ideas la hacían entrever una vida más digna y provechosa. Gracias á él, Leona ocupó bien pronto un lugar entre las entretenidas y artistas de cierta índole. Los jóvenes más á la moda querían ser sus amigos; los hombres más distinguidos deseaban ser presentados y tratarla. Su amante, aunque orgulloso de su discípula, viéndola rodeada y halagada por todos, tuvo miedo de la admiración que causaba, temiendo que alguno recolectase lo que él había sembrado: entrevió que su querida, reconocida á él, pero



poco enamorada (era preciso confesárselo), podría abandonarle. Sus temores se disiparon bien pronto; pues un acontecimiento imprevisto debía cambiar nuevamente la existencia de Leona. Un día se apercibió de que estaba en cinta.

La joven no había deseado jamás ser madre, ni tal vez pensado que esto pudiera suceder; pero al apercibirse de que en sus entrañas bullía un ser, algo que era sangre de su sangre, todos los nobles sentimientos que dormían en su alma vibraron, inundando su ser de una ternura inmensa; y su corazón, insensible hasta entonces á todo sentimiento, latió con tal violencia, que parecía quererle salir del pecho. Sintió una ternura infinita por el ser que llevaba en sus entrañas. Sus ojos se animaron; su frente reflejó una inmensa dicha, que se tradujo por gritos de alegría, por lágrimas y risas repentinas, que á lo mejor, sin causa alguna, la inundaban por completo. Hubiera podido creerse que se volvía loca. Su amante, admirado de la pasión que tan repentinamente se había despertado en la joven, se enterneció á la vista de aquella criatura que, comprendiendo tan bien la dicha de ser madre, abandonaba sin pesar su agitada y divertida vida. El joven admiraba la bondad de Dios, que permite á la criatura cada concebir un sentimiento tan elevado, tan noble como el amor de madre, y se sentía humillado al ver que tenía más ternura que él

por aquel hijo que había de nacer, y que á su vez se propuso amar con toda su alma. ¡No pudo conocerle! ¡La muerte le arrebató antes de haber tenido esa dicha! En su testamento legaba diez mil francos de renta á Lucía Aubré (este era el verdadero nombre de Leona) y una cantidad de doscientos mil francos, de la que la dejaba libre administradora, rogándola los reservara para su hijo. Había comprendido que con una madre tan buena como ella iba á serlo, toda precaución legal era inútil. El día del parto llegó por fin; Lucía dió á luz una hija. ¡Oh! Era un admirable espectáculo el de ver á esta madre que, al salir de un largo desmayo, causado por el dolor, se hacía llevar á aquel pequeño ser, tan frágil y tan débil, y al tenerle en sus brazos, le miraba con locura, le oprimía delirante contra su pecho, colocando sus labios sobre su boquita para unir sus vidas, para confundir su respiración, y con sollozos, con gritos, con lágrimas en los ojos, gritaba: «¡Hija! ¡Hija mía!»

Varios días aún fué dichosísima; pero bien pronto su alegría no se desbordó más en arranques impetuosos, y llegó á calmarse, á volverse reflexiva, á estar casi triste. La joven permanecía días enteros sumergida en sombríos recuerdos. Si el amor maternal que se había apoderado de su apasionado corazón pudiera acabarse como los otros amores, se hubiera creído que ya no

era dichosa de ser madre; pero, al contrario, con el instinto de la maternidad, había penetrado en su alma la conciencia de los deberes á que ella obliga. Aquella mujer se preguntaba entonces si sería capaz de cumplirlos bien y de llenarlos santamente. Por la primera vez se avergonzó al pensar en su vida pasada, y enrojeció al encontrarse, aun en medio de su lujo, con todo su dinero, una pobre y miserable criatura, que no podía dar á su hija más que el nombre que se da á los hijos sin padre. Pensó que el mundo estaba mal ordenado, y que las prostitutas debían estar privadas de las delicias de la maternidad. Después envidió la felicidad de las mujeres honradas, que pasaban bajo sus balcones, llevando á sus niños por la mano, ó dando orgullosamente el brazo á sus hijas.

Sus reflexiones la hicieron pensar que quería demasiado á su pequeña Luisa para dejarla que siguiera la misma senda que ella había seguido, y que, en vez de ser una perdida como había sido ella, haría de su hija una mujer pura, honrada y digna de consideración. Se hizo este juramento. Pero, ¿cómo cumplirle?... ¿Cambiando de población, de costumbres, llevando una vida tan tranquila como bulliciosa había sido antes, tan juiciosa como loca, retirándose á un sitio desconocido y educando allí santamente á su hija? Leona concibió este pensamiento; pero tenía también con-

ciencia de su indignidad, y comprendió que tendría que sufrir rudas batallas para domar sus arraigadas costumbres y sus vivas pasiones. Temía olvidar un día, un minuto solamente, delante de su hija, lo que era, y aparecer tal cual había sido. Después, Leona se confesaba que el mundo sabe pronto ó tarde lo que desea saber, que no perdona jamás faltas como las suyas, y que una mujer que ha comerciado con su cuerpo queda para siempre deshonrada.

Sin embargo, tal vez encontrara un hombre que se prendara lo suficiente de ella para despreciar los juicios del mundo, y consentir en casarse y darla un nombre que poder transmitir á Luisa, ó bien tal vez pudiera encontrar una familia honrada que consintiera en adoptar á su hija, hacerla suya; pero para encontrar alguna de estas cosas era preciso vivir en el mundo, ver, escuchar, y por eso Leona se decidió á continuar en él.